

La corrupción de una lona que cubre Europa.

La reciente resolución que permite a la organización Hazte Oír desplegar una lona en la que acusa al presidente Pedro Sánchez de “corrupto” puede interpretarse como una victoria puntual de la libertad de expresión. No obstante, más allá del episodio que moviliza emociones, titulares y debates sobre el espacio público lo que realmente merece atención es el contexto más amplio: la corrupción en las instituciones de la Unión Europea y lo que ese fenómeno revela sobre la debilidad de los controles democráticos a escala supranacional.

En España, estas lonas sirven como ejercicio simbólico de confrontación política. Pero trasladadas al plano europeo, los escándalos documentados muestran un problema estructural. Por ejemplo, en el denominado Qatargate que estalló en 2022 se investiga cómo altos representantes del Parlamento Europeo habrían aceptado sobornos de estados como Qatar o Marruecos para condicionar resoluciones parlamentarias. Otro caso más reciente es la investigación sobre la empresa Huawei Technologies que, presuntamente, entregó regalos, transferencias o ventajas a 15 diputados europeos para influir en decisiones institucionales. Y no menos relevante: el uso indebido de fondos para asistentes parlamentarios por parte de un grupo político europeo (Rassemblement National) que habría desviado más de 4 millones de euros.

Estos ejemplos ilustran que la corrupción no es solo una cuestión doméstica ni siquiera nacional, sino un problema que atraviesa las instituciones creadas precisamente para avanzar en la transparencia y la integración democrática. Son muchos los ciudadanos que sienten que esas instituciones están demasiado lejos, poco controladas e incluso vulnerables a intereses privados o extranjeros.

Volviendo al caso español: sí, la lona de Hazte Oír simboliza un triunfo de la libertad de expresión o al menos del derecho a la crítica. Pero también puede leerse como un desvío de atención respecto a lo que importa de verdad: no la acusación puntual al presidente, sino los mecanismos institucionales, los fondos públicos europeos, el entramado de poder global que opera muchas veces al margen del control ciudadano.

Para España y para todos los Estados miembro la pregunta que se impone no es solo “¿se puede criticar al Gobierno?” sino “¿cómo contribuimos a que las instituciones europeas sean más transparentes, más responsables y menos susceptibles a la corrupción?”. Si nos quedamos en la lona, en el gesto, en la provocación del momento, corremos el riesgo de subestimar lo que quizá sea la batalla mayor: la reforma democrática de la Unión Europea, la exigencia de rendición de cuentas real, y el fin de la impunidad.

En definitiva: lo que se celebra como una victoria un permiso para desplegar una lona puede ser tan solo un paso simbólico. La verdadera transformación exige otro escenario: uno donde los fondos europeos sean vigilados, donde los intereses privados no cooptan decisiones públicas, y donde la palabra “corrupción” no se quede sólo en pancartas sino en procedimientos que eviten que vuelva a repetirse.